

de sus pueblos siervos, y se cae de su diadema imperial uno de sus preciados diamantes; aún el ánimo más cierto de que tamañas desgracias son merecidas, duélese considerando cómo representa más que por sus propias culpas, por culpas de sus antepasados y de sus creencias, este decaimiento, el cual deja en los Honorios y en los Augústulos, en la última de las grandes familias, una mancha indeleble y una desgracia inevitable, cuya duración se confunde con la duración misma de la Historia.

Mirad: la Grecia le pide el Epiro y la Macedonia; Rusia le arranca la presa de Bulgaria; Austria se cierne sobre Salónica, después de haberle desposeído de Bosnia y Herzegovina; Servia y Rumanía le niegan hasta el antiguo nominal vasallaje; el Montenegro le obliga tristemente á que vuelva las armas contra los mismos fieles á su bandera; hasta sus amigos históricos se quedan con Chipre; y si la última guerra ha pasado el Danubio y los Balkanes, la próxima llegará hasta el Bósforo y le obligará necesariamente á volverse á sus tierras del Asia. No hay salvación; no puede haberla para el Imperio turco en Europa.

EL IMPERIO ALEMAN

Y

EL IMPERIO BRITÁNICO.

Si el Imperio turco está en decadencia, el Imperio alemán está en auge. ¡Contrarios y extraños destinos! Este Imperio germánico nació bajo el ala maternal de la Iglesia, en los tiempos más tristes y oscuros de la Edad Media. Los carlovingios, que en la Noche-buena del año 800 recibieron la corona imperial, guardada por el Papa entre las ruinas de Roma, dejáronla caer de sus sienes en ménos de un siglo. Y los papas, que por su ministerio universal, por su carácter cosmopolita, por sus luchas internas con Italia, necesitaban de un poder extranjero, entregaron á los Othones de Sajonia el título brillante llevado desde Carlo Magno por los sucesores de Clodoveo de Francia. Agapito II, si no estoy trascordado, fué el primero en conocer la necesidad que tenía, para contrastar el poder del patriciado laico sobre el

trono pontificio, de un magnate poderoso y lejano que le diese su fuerza y no le molestase con su presencia. Y así entra en escena, al mediar el siglo décimo, la gran fuerza política llamada Imperio alemán, que, disgregada y dividida del Imperio carolingio, venía, rebasando los Alpes, á posesionarse de la dirección política de toda Europa, merced á los conjuros de la Iglesia.

Señora del espíritu, la Roma católica llamaba necesariamente á su regazo á todos los hombres, sin distinción de familia, de raza ni de naciones; y señora también de un territorio reducido y limitado á las necesidades de la política diaria, debía combatir como reina á los mismos á quienes debía amar y bendecir como madre. En los tiempos feudales, tiempos de guerra, el poder político de los Papas sosteníase por la fuerza y amparábase tras el seguro de las armas. No consentía tal cosa la naturaleza del poder espiritual, y de aquí una contradicción permanente ó un conflicto perpétuo entre los deberes del Pontífice y los deberes del Rey. Así, todos los príncipes extranjeros fueron llamados á Italia por los Papas reyes. Si los primeros Pontífices la preservaron de las irrupciones bárbaras, y si no la preservaron, supieron de tal suerte endulzar estas grandes calamidades, que se modificáran á su prestigio y cedieran á su poder moral; luego las invasiones len-

tas, continuas, tenaces, pertenecen exclusivamente á los Papas. Leon III corona á Carlo Magno. Estéban IV llama á Ludovico Pío. Pascual I exalta á Lotario. Sergio II invoca al rey Luis II, á quien Leon IV corona Emperador. Benedicto III convierte los ojos á Bizancio. Juan VIII exalta á Cárlos el Calvo y á Cárlos el Craso. Formoso conjura á Arnolfo para que se mueva contra Roma. Juan IX se esfuerza para asegurar el dominio de Lamberto. Benedicto IV corona á Ludovico de Provenza. Juan X ofrece al inquieto Berenguer la corona imperial. Juan XI trae al rey Hugo hasta el castillo de San Angello, y Juan XII, hijo de Alberico, desmintiendo la política de su padre, llama á los alemanes y funda el nuevo Imperio germánico, protector de la Roma católica, que tan funesto debía ser en el trascurso de los tiempos á toda la gente latina.

Así, el Imperio alemán ha sido hasta Meter nich, hasta nuestros días, á un tiempo la oposición y la fuerza de la Iglesia. Por circunstancias históricas, de todos alcanzadas, el antiguo Imperio católico ha pasado á una dinastía protestante. El humilde elector del Brandeburgo ha eclipsado al César de Austria. ¿Por qué? Porque desde el siglo décimosexto ha representado, así en los conflictos que sucedieron á la Reforma, como en los conflictos que engendraron la paz de West-

phalia, así en el siglo décimosexto como en el siglo décimoséptimo, así en el siglo décimoséptimo como en el siglo décimooctavo, el representante de las ideas y del espíritu moderno. El Príncipe de Bismarck parece que olvida muchas veces semejante tradición, pues la combate hoy con sus tendencias económicas y con sus tendencias políticas. Las leyes dadas con motivo de la agitación socialista, leyes enteramente reaccionarias, léjos de embotarse y perder sus filos con la ausencia del peligro, se recrudecen y se enconan. Y por este camino, sobre todo si el Austria perseverara en su política liberal y parlamentaria, puede irse muy léjos. Es menester que el solitario de la Pomerania, semejante, en su retiro, á un pensamiento abstracto y á una voluntad ciega semejante á las fuerzas ciegas de la Naturaleza, baje de ese aire irrespirable de las alturas al valle, para sentir una verdad idéntica en el fondo, aunque opuesta en la forma á la verdad, que empieza hoy á olvidar la nación, su enemiga y su víctima. La República francesa será conservadora, ó no será; y no será, si no es liberal, y progresivo, y avanzado, por no decir revolucionario, el Imperio alemán, á quien puede perder todavía el mismo que lo ha hecho.

El movimiento de la política europea entra en período regular de relativa calma, tras tantas

amenazas de guerra como provenían de arriba, y tantas perturbaciones como abajo se arremolinaban, á causa de las leyes de armamento convenidas por los Gobiernos de Alemania y Austria, y propuestas ó votadas en las últimas legislaturas parlamentarias. Las palabras del emperador Guillermo dándonos un año entero de respiro; la revolución interior de Rusia impidiendo todas las agresiones moscovitas en Oriente; la inteligencia entre los Gobiernos de Viena y de Berlín embarazando á uno y otro para moverse con libertad en los preliminares de cualquier empresa y en los campos de cualquier guerra; la necesidad que tienen: Italia, de su interior reconstitución; Francia, de su República pacífica; Inglaterra, de su comercio y de sus dominios, nos aseguran, con grande seguridad, una época de paz, más ó ménos duradera, benéfica siempre á los intereses públicos, y bastante á restañar las enconadas y cancerosas llagas de tantas crudas heridas como nos han abierto las recientes y pavorosas catástrofes que todavía tienen el suelo teñido de sangre, el aire cargado de miasmas, los corazones llenos de ódio, y las conciencias oscurecidas por espesas y letales sombras. Un año de respiro es un año de respiro, y ya veremos cómo llegamos á términos de que puedan evitarse nuevos conflictos y robustecer las insti-

tuciones liberales en el progreso pacífico del trabajo, que todo lo trasforma, y en el comercio de los intereses y de las ideas, que renuevan casi la faz del planeta é impulsan con verdadero empuje hácia adelante las sociedades humanas.

El interes de la política europea se concentra en las elecciones inglesas, no solamente por el combate á muerte entre el partido liberal y el partido conservador, sino por la complicacion de los asuntos británicos, cual en ningun otro tiempo, con todos los asuntos europeos. Los liberales recuerdan, y recuerdan con razon, que la nueva Inglaterra se debe á las reformas, concebidas por su inteligencia innovadora, y aceptadas tarde y de mal grado por los conservadores, cuando se han visto á dos dedos de revoluciones parecidas á la del continente, ó bien por su ciega oposicion, ó bien por su punible resistencia. Los conservadores, á su vez, dicen que la política liberal, inspirada en la escuela de Manchester, proponia una abstencion rayana de la indiferencia é incompatible con el poder y el influjo de Inglaterra. Dicen los liberales que la abstencion suya, tan cacareada, no ha debido ser sistemática en el grado supuesto por sus enemigos, cuando lograron, durante la última guerra franco-prusiana, llevar á las dos partes beligerantes á formar un convenio que asegurára la independenciam y la

autonomía de Bélgica, miéntas los conservadores, con todas sus alharacas y todas sus promesas, no han podido, en el último conflicto europeo, asegurar la independenciam y la libertad de Turquía. Y, verdaderamente, una reflexion salta á la vista en cuanto se convierte á contemplar la política británica de este largo período, una reflexion de extremada sencillez y de absoluta verdad. El predominio inglés, tal como los conservadores de hoy lo entienden, aprovechará mucho á Inglaterra, pero aprovecha bien poco al resto de Europa. Cuando los ingleses de otros tiempos recababan el predominio inglés, sabian dar á su obra los eternos fundamentos y bases de las ideas, sobre las cuales se funda y se fundará eternamente lo sólido y lo duradero en el mundo. Predominio inglés era tanto como decir apoyo á los cristinos contra los carlistas en España; apoyo á los patriotas contra el rey Bomba en Nápoles; apoyo á los liberales contra los miguelistas en Portugal; apoyo á la independenciam, á la autonomiam, á la libertad de Bélgica; apoyo en todas partes y por todos los medios imaginables al régimen constitucional en todo el continente europeo, transformado sin duda merced á su iniciativa y á su influencia. Entónces contaba esta obra de progreso con el auxilio de toda la opinion liberal europea. Pero hoy dia, cuando no se

invoca ningun principio, cuando no se acaricia ningun ideal, cuando no se mira á ningun norte; hoy dia, en que la toma de Chipre sólo quiere decir aumento de riqueza y de patrimonio, la ocupacion del Herat lo mismo, las guerras con las tribus del África lo mismo; en esta coyuntura, el egoista predominio inglés, soñado por la viva fantasía de un novelista más ó ménos brillante, podrá seducir y cautivar á los ingleses, pero de ninguna suerte al mundo entero, que se mueve al vapor de más claras y, sobre todo, de más progresivas ideas.

Comprendiendo esto, los conservadores han querido interesar á todos los Gobiernos en su victoria, ya que por la victoria de los liberales se interesan todos los pueblos. Y queriendo interesar á todos los Gobiernos, han traído en su auxilio la prensa alemana del Norte, y lo que es más grave y más inexplicable, la persona misma del Emperador de Austria. Parece que éste habia dicho al Embajador inglés cuánto le complaceria la victoria de los conservadores, y si no se lo habia dicho, lo contó el Embajador en todas partes. A tal agresion, Gladstone, cuya verde inteligencia conserva aún la lozanía de los primeros años, arremetió á fondo con coraje, en elocuente arenga, á la casa de Hapsburgo, y la puso como digan dueñas, segun la frase consa-

grada por nuestros clásicos. Mal ha parecido á los conservadores europeos que un Presidente del Gobierno inglés maltratara al Soberano de una nacion amiga; pero peor, mucho peor les ha parecido á todas las gentes de sentido comun en Europa que el Soberano de amiga nacion haya intervenido en los asuntos ingleses, y mostrado su preferencia por uno de los bandos en guerra, cosa que le vedan los más rudimentarios deberes de su posicion y las más sencillas exigencias de su autoridad y su soberanía. Gladstone habrá podido correrse un tanto al escozor de la herida, pero el Emperador se ha olvidado por completo de sí mismo. Despues de todo, si el grande orador inglés ha dicho que la casa de Austria se ha opuesto en todas partes á la libertad, ha dicho un axioma histórico, plenamente confirmado por la eterna sucesion de los siglos. La casa de Austria quiso ahogar á Suiza en su cuna y detener á Italia en su desarrollo; la casa de Austria descabezó las libertades castellanas en el patíbulo de Padilla, y las libertades aragonesas en el patíbulo de Lanuza; la casa de Austria persiguió á muerte todas las regiones alemanas, que nacian avivadas por las llamas del espíritu moderno; la casa de Austria combatió la libertad religiosa en Bélgica y Holanda; la casa de Austria devoró un gran fragmento de la infeliz Polonia en su terrible

crucifixion; la casa de Austria fué el carcelero de Hungría, de Milan y de Venecia, y el verdugo á quien la Santa Alianza entregó el triste ministerio de inmolar á cuantos pueblos se levantaban en el mundo por la necesaria reivindicacion de su derecho, siendo, por tanto, la antítesis de todas las afirmaciones liberales, la contradiccion de todos los movimientos progresivos, la triste sombra en el animado cuadro de la vida moderna, el águila que ha roído nuestras entrañas y que ha paralizado por largos siglos la necesaria resurreccion de Europa. Si el gran orador inglés ha indicado todo esto, con sólo indicarlo ha dicho una verdad que será repetida por todas las generaciones en toda la redondez de la tierra y en toda la sucesion de los siglos: que son eternos, para las dinastías reaccionarias, los profundos infiernos de la Historia.

La agitacion electoral toma grandes proporciones, á pesar del escaso tiempo que transcurrirá entre la disolucion del antiguo Parlamento y la convocatoria del nuevo. El Presidente del Consejo ha escrito una carta, encareciendo su política, que es la política del engrandecimiento británico. El jefe oficial de las fuerzas liberales en el Parlamento, M. Hartingthon, ha acusado al Gobierno inglés como parte de una alianza diplomática dirigida contra el Gobierno de la Re-

pública francesa. El elocuentísimo orador mister Brighth, que pertenece á la estirpe gloriosa de los genios, cuya palabra ilustrára los anales británicos, ha contado con detenimiento todos los progresos traídos á la vieja Inglaterra por el partido liberal, que ha emancipado el pensamiento y la conciencia; que ha avivado nuevas clases en el seno de la representacion nacional y en los regazos del derecho moderno; que ha sabido dulcificar leyes demasiado duras, destruir privilegios demasiado absurdos, elevar el ideal de justicia, traer á una nacion puramente aristocrática, sin daño, ni del órden ni de la autoridad, una vivaz y ardiente democracia, cuyas fuerzas y cuyas ideas renovarán desde la tierra hasta la conciencia en su augusta y vieja patria. Y Mr. Gladstone, á su vez, ha podido decir que él ha libertado á Irlanda de su antigua y tiránica Iglesia protestante; que él ha comenzado, con sus leyes territoriales, á resolver el problema social irlandés, tan amenazado por los conservadores; que él ha sabido juntar en el ejército todas las clases de la nacion británica, separadas por tantos y tan terribles y tan absurdos privilegios. No sabemos si triunfará el partido liberal; quizás el predominio de los intereses de un día sobre los intereses de todos los tiempos le quiten su palma y su corona; pero sí sabemos que la representa-